



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriú y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodríguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

ADVERTENCIAS.

Con este número recibirán nuestros suscritores los dos pliegos de impresion que tenemos ofrecido regalarles mensualmente. Habiendo terminado la publicacion de las *Poesias satiricas* del Sr. Caballero y Valero, desde el primer número del mes de Marzo recibirán *semanalmente* la continuacion de la preciosa novela que estamos publicando titulada *La guerra del Nizam*.

A cada número acompañará un pliego de novela ó un pliego de poesias.

A petición de varios señores suscritores empezamos a dar el aplaudido juguete cómico original del director de nuestro periódico titulado *Lo que puede D. dinero*.

Ya verán ustedes como la biblioteca que regala *Sancho Panza*, ha de ser la biblioteca del siglo.

Desde mañana se empezará a cobrar la suscripcion del mes de Febrero. Cuidadito como pagan ustedes en billetes. Dejarse de *camamas*; el Banco tiene mal génio y yo no quiero andar con dimes y diretes con un señor tan respetable como es el Banco.

Ustedes deben pagar sus seis realitos *al portador y en efectivo*.

Por María Santísima no imiten ustedes la conducta del Banco, es decir, no digan ustedes:

—¿Qué es eso?

—El recibo de *Sancho Panza*.

—Tome usted, ahí tiene un billete de 1,000 reales.

Eso sería matar de un susto á mi cobrador y yo quiero mucho á mis delegados. Chúpate esa.

CARTA DE SANCHO PANZA

Á SU AMIGO Y CORRESPONSAL DE LA CORTE,
EL PARLANCHIN DE PROVINCIAS.

Querido Parlanchin: con el mayor placer he leído tu excelente epístola, y como no quiero que me llames poco *ilustrado*, ni escudero *descortés*, voy á hechar un párrafo contigo acerca de muchas cosas que ocurren aquí y que te han de hacer desistir de tu buen propósito de hablar bien, de lo que tu llamas *La vida en provincias*.

Se necesita ser el *Leviatan* de los cándidos para vivir en la corte y renegar de ella. ¿Es posible que me digas que en Madrid hay tantos abusos y tantas ambiciones malogradas? Pues hombre, si vivieras en Cádiz, yo te aseguro que habías de llorar por el turbio Manzanares, el bullicioso Prado, y la bien aventurada Puerta del Sol.

En Madrid sales á la calle y por aburrido que estés, has de encontrar objetos que te distraigan. Ya ves á un ministro, lo que no deja de ser un consuelo cuando se está cesante. Ya contemplas á un hijo de Apolo oliendo donde guisan. Ya hablas con un duque y te finges la esperanza de ser su *secretario particular*. Ya ves á un *pretendiente* que no gana para zapatos. Vas á los toros y ves notabilidades como el *Tato* y el *Gordo*. Vas al teatro: allí tienes á Romea, á la Matilde. Ya ves, en fin, á una buena moza del Lavapiés, con unos ojos mas negros que las fatigas del tío Juan Pampano y unos lábios sonrosados que parecen que dicen: «Se acabaron ya las penas: aquí va Paca Merengue.»

¿Quieres hacerme el favor de decirme, ¿qué harías tú en Cádiz?

Verías hoy una cara, y mañana la misma y pasado la idem.

Verías á un *ministro* de un tribunal, á un *pretendiente* de Apolo, rico, es decir, mal poeta, á un actor dramático que estudió en Rota, á un discípulo del maestro Cúchares que equivoca el rabo del toro con el testúz, y á un prestamista que por darte 100 duros te pide 500. Bonito porvenir, ¿no es verdad?

Aquí, querido Parlanchin, llega el Carnaval, y los mismos sugetos que se visten de máscaras, llevan un cirio en la procesion de Nuestro Padre Jesus Nazareno en los solemnes dias de la Semana Santa, esos mismos señores, van á los toros á silbar y al teatro á dormirse.

Si uno tiene aquí dinero lo tiene en billetes, y como el Banco dice que no cambia mas que los de 500 reales, sucede que los que tengan billetes de mas cantidad que esa, pueden decir que no tienen un cuarto.

Si uno es pobre (*circunstancia* que está aquí de moda,) aunque sea un Adonis, no tiene quien lo mire á la cara, ni aun las mugeres. Los casinos se cierran para él, la *sociedad rica* lo mira con una cara que parece decirle: «Anda, vergante, te perdono la vida.» No le sirve que diga que es rico, que tiene talento: nadie le hace caso, porque *Parlanchin* de mi alma, en provincias todo se sabe.

Aquí los periódicos políticos ni pinchan ni cortan. Los de literatura son tan pocos los que los leen que es lo mismo que si nó los leyera nadie.

¡Triste del que redacte un periódico satírico en provincias. Los viejos murmuran de él, los jóvenes *sensatos* lo llaman *chistoso á la fuerza*, las muchachas lo miran con un temor supersticioso, el fiscal lo acecha como acecha el gato al raton, y las personas *ricas* lo leen.... y no lo pagan. El pobre pueblo es el que premia los esfuerzos del periodista que le consagra sus tareas.

Tú dirás lo siguiente: ¿cómo se hace uno respetar en provincias?

Muy fácilmente. Oye.

Llega aquí un *Don Nadie*, que ha vivido algun tiempo en la corte de España; como no sea tonto bien puede decir que tiene su fortuna hecha.

No faltará un periódico político que salga diciendo: *-Viagero ilustre.-* Se halla en Cádiz *procedente* de Madrid, el célebre literato, eminente publicista, y famoso poeta *D. Tiburcio Cascarrabia*. Este importante hombre político no trae mas mision que la de veranear. *Está parando* en la fonda tal &c.

Merced á este pomposo anuncio, fabricado en ese moderno taller de reputaciones que se llama gacetillacerrojo, nuestro hombre es el héroe de la localidad.

Se suscita una cuestion literaria entre personas que no saben una palabra de literatura: ¿qué hacemos? dicen,—veámos á el señor don Tiburcio, que es un literato de Madrid. Se escucha el parecer de D. Tiburcio y salen esas *tontísimas trompetas de la fama*, diciendo:—¡Qué valen Homero, Tasso, Dante y Milton al lado de ese literato de Madrid que nos honra con su presencia!

Me hablas de los *parásitos* que hacen del periodismo un comodín; yo á mi vez voy á darte á conocer á un poeta sublime de la *Coruña*. Los grandes poetas nacen para honrar su patria y darle que hacer á la fama; el autor de los *versos* que inserto á continuacion, ha nacido para honrar á su patria y para darme que hacer á mí.

Te lo probaré en seguida.

La poesia, en cuestion, no tiene título; lleva un secreto *montado* al aire.

Tú no lo adivinarás ni yo tampoco lo he adivinado. Llama á un sangrador y prepárate porque voy á darte un susto terrible.

No, no aciertas quién soy: mi nacimiento,

Mi origen y mi hogar nadie los sabe;

Tal vez un ángel soy que cruzo el viento,

Tal vez, tal vez, de mal agüero un ave.

El autor empieza confesando que no sabe *quién es*, lo cual es una virtud en un siglo en que todo el mundo aspira á *ser alguien*. Despues se para y dice: «Si seré yo un *angelito*.» Pero luego rectifica y dice: «*Tal vez sea yo un ave de mal agüero*,» y en esto es seguramente en lo que acierta.

Esta ave de mal agüero, viene á anunciarnos la decadencia de la literatura española, y el abandono en que viven las musas castellanas.

Oye, que ahora viene lo bueno.

Tengo alas de ángel *misterioso*

Con que traspongo el monte y la llanura:

Y cua Luzbel llevo en la frente *hermosa*

Signo terrible, una señal oscura.

Ya lo estás viendo. Ahora dice que no es *ave* sino que tiene alas y vuela que es un contento. Espérate que ahora dice que es otro *Luzbel* y que lleva en la frente una *señal oscura*. Rima misterioso con hermosa lo que no deja de ser una ocurrencia del diablo.

No sé quién soy: yo mismo acaso ignoro

Mi nombre y mi misión sobre la tierra;

Mas cuando canto alegre ó cuando lloro,

Algun misterio grande mi alma encierra.

Ahora salta y dice: Que *ignora quién es*: dice tambien que *ignora la misión que trae á la tierra*. No lo creo. Si la ignorase no escribiría; espérate á ver si nos dice el gran misterio que encierra su alma.

—No sé.

Ya lo estás oyendo, dice que no lo sabe, lo creo.

Continúa.

Cuando crujiendo en alta noche mece

Tu férreo tenedor, ráfaga impía,

Es mi espíritu errante que estremece

Tu trasparente y verde celosía.

Supongo que te habrás enterado. Voy á probarte que soy un topo en esto de comprender las ideas sublimes.

La alta noche cruje y mece al férreo tenedor de no sé quien; el espíritu del poeta es el tenedor que vaga errante y estremece la trasparente celosía. ¿No es esto? lo que yo no entiendo es lo de ráfaga impía.

Entérate de esto que sigue.

Mas no te esfuerces, por hablarme en vano

Porque tu voz mortal mi voz no entiende

Mi impetuoso acento soberano

Se ignora, y el mortal oído ofende.

El autor parece que me ha adivinado y me dice; que *es en vano que me esfuerce que yo no entiendo su voz*. En efecto, no entiendo ni su voz, ni su estilo, solamente entiendo que *su acento soberano ofende* al sentido comun y á los oídos de los amantes á las bellas letras.

Gracias á Dios: ahí tienes el final de la poesía, es decir, el trueno gordo.

Estraña condicion me ha dado el cielo:

Como un hombre marchar sobre la tierra;

Tender como Luzbel el corvo vuelo....

Algun destino grande mi alma encierra.

Estoy conforme con la amarga queja que espresa el primer verso. ¿Pues y el segundo? *Parlanchin*, ¡mira que eso de marchar como un hombre sobre la tierra! Es horrible. ¿No tiene el autor un corvo vuelo como Luzbel? ¿Tiene mas que abrir las alas y largarse á donde no lo oiga el habla castellano ni lo vean las musas?

Dice que un destino grande encierra su alma.

¿Sabes cuál es este destino? estropear la gramática, aniquilar la retórica y ser el bú del periodismo.

Dios se la depare buena.

Te quejas de los parásitos y no has tenido presente que vale mas soportar á aquellos monos sabios del periodismo que leer los graznidos desesperados de estas aves de mal agüero.

Voy á darte una buena noticia literaria. Nuestro buen amigo el distinguido escritor D. Ambrosio Grimaldi, está publicando una notable obra, digna de su

claro talento, de su basta erudicion y envidiable pluma; titúlase *Roma Artística y Literaria*.

A juzgar por la primera entrega que tengo á la vista, este libro es un acontecimiento en la república de las letras digno de loa.

El artículo que sirve de introduccion á la *Roma artística*, es un trabajo concienzudo. Hé aquí uno de sus párrafos.

«Entre nosotros el arte se vé abandonado á sus propios recursos, á sus propios esfuerzos. El artista español, regularmente de humilde cuna, siente arder en su cabeza el fuego del génio, y en su corazon el entusiasmo: quisiera lanzarse á ese espacio aéreo y desconocido de las almas vulgares; pero sus alas son débiles, le falta el vigor que comunican las necesidades satisfechas, los deseos cumplidos. Las paredes de su taller están seguramente desnudas de los utensilios que necesita el arte; y solo las ocupan bocetos donde centellea el génio, cuadros medio acabados ó que están vendidos por un vil precio. La frente pálida del artista plegada tempranamente revela la amargura de su alma y se inclina bajo el peso del infortunio. Tal vez interrumpe su sombría meditacion la voz dulce de una esposa ó de un niño que le anuncia la hora de asistir á una frugal mesa. ...

Esto es lo general: no hablo de la excepcion de la regla. Hay pintores halagados por la fortuna, hay tambien *Mecenas*. Pero un pintor necesita ser rico como lo fueron los grandes maestros de los siglos XV y XVI y nuestros *Mecenas* no son espléndidos.

Si la lectura de mi obra pudiera contribuir en alguna parte al remedio de esos males, me tendria por dichoso.»

No copio mas. Basta lo que has leído para que tengas una idea aproximada del mérito de este libro. La parte tipográfica es excelente, y las litografías se deben al distinguido artista cubano don J. Arnanz.

La historia del *Renacimiento* es la única novedad literaria que puedo anunciarte por ahora.

Hasta otro rato, querido *Parlanchin*.

SANCHO PANZA.

LA GRAN GUAYABA Y LOS GUAYABEROS.

No creas, amigo Sancho, que pienso hablarte del guayabo, árbol americano de esquisito fruto, ni de los que á su cultivo se dedican, ni de los que endulzando sus preciadas pomos, hacen dulce de guayaba para transportarlo en conserva y recrear los paladares golosos de la vieja Europa. Léjos estoy de semejante propósito; nunca fui cultivador agrícola, ni confitero, y poco alcanzo de tales materias; mas para irte enterando del asunto, decirte debo que la tal GUAYABA de que trato, es lo que en esta tierra llamamos CAMAMAS, CASTAÑAS Y BELENES; el diccionario ENGAÑOS, y el uso general, ENGAÑIFA. Por tanto, los que la usaron deben nombrarse CAMAMEROS, CASTAÑEROS, BELENEROS y GUAYABEROS; y de ahí el epígrafe deste articulejo; que no de la fruta americana.

Es, pues, el caso, que á esta ciudad llegó por segunda vez el italiano Scali, quien modestamente se titula á sí mismo CAMPEON DEL REINO ITALICO, y REY DE LOS LUCHADORES. Ajustado en la compañía ecuestre y gimnástica del Sr. Melillo, anunció una funcion en la que desafiaba á lu-

char á todo el que deseara probar con él sus fuerzas; «bien fuese hércules, atleta ó simplemente aficionado:» tales eran sus palabras. Recogiendo el guante y aceptando el desafío, se presentaron tres personas. Entonces la cantidad ofrecida por el Sr. Scali al que lograra vencerlo, eran 1,000 rs. Pero hé aquí que aparece en EL PORVENIR un comunicado suscrito por Mr. Charles; comunicado en que se ofrecía para luchar con el Sr. Scali; pero con quien luchaba realmente era con la gramática y el sentido común, dejándolos muy mal parados.

En dicho documento se presentaba Mr. Charles como un luchador retirado, á quien solamente sus «veleidades atléticas» sacaban de nuevo á la arena para disputar el láuro de la victoria; aunque, como bueno es juntar á la honra el provecho, escitaba á su adversario á que en vez de 1,000 rs. subiese el importe del premio á 4,000. En este comunicado, siguiendo sin duda la conducta de su antagonista en lo de aplicarse pomposos títulos, se daba MOTU PROPIO el de EL TERRIBLE CHARLES; con lo cual se esparció por Sevilla un terror tan profundo, que las niñas asustaban á los angelitos, diciéndoles: «mira que viene Charles.» Contestóle su rival con otro comunicado, primo hermano del anterior en cuanto á lenguaje y estilo; pero en esto tienen disculpa suficiente, pues solo aspiran al título de luchadores, y en ninguna manera pretenden el de académicos de la lengua. La razón es razón, y debe siempre dársele á quien corresponda. Nada más justo. Decía, pues, que contestó Scali: admitía la proposición y elevaba el premio anunciado á la suma de 4,000 rs. Aquí empieza á descubrirse EL BELEN. Delante de varias personas había dicho el Sr. Scali, que eran tres los individuos apuntados para tomar parte en el ejercicio: y esto antes de que el TERRIBLE Charles, instigado por sus «veleidades atléticas», echase á volar su comunicado. ¿Por qué, pues, postergaba Scali á esos tres individuos que habían aceptado su desafío, sin esperar otro premio que los 1,000 rs. ofrecidos primeramente, y se arriesgaba á perder 4,000 con el TERRIBLE Charles, que había recogido el guante después que los otros? Añádese á esto la circunstancia de conocerse con anterioridad los dos combatientes, y se verá si el público tenía razón al suponerlos confabulados.

Pasaron días y días, y llegó el de la prueba. Abrióse el circo de la plaza de toros, y la entrada no correspondió á lo mucho que se había hablado del espectáculo. Las fundadas sospechas del público fueron la causa de esta merecida indiferencia. Parecían los espectadores diseminados por la espaciosa plaza de toros, lo que seis garbanzos en una olla de campaña, ó lo que actualmente parecerá la plata en las arcas del Banco de Cádiz. Sonó la hora y comenzó la función, en que cada quisque trabajó lo peor que pudo, sin duda con el plausible objeto de no gastar la admiración del público, reservándola toda íntegra para cuando llegase la tan ponderada lucha, que era el remate y como la corona de la fiesta.

Basta decirte, paisano y amigo PANZA, que saltaron, como siempre, los aritos; que hubo trabajo grotesco, y nunca se aplicó tan bien este nombre; y que bailoteó un pintarracado caballo, de la familia de la torre de Malakof, pues lleva este apellido; cuyo animalito, según el cartel rezaba, había sido amaestrado en libertad. Como emblema de ella, empuñaba su instructor el Sr. Melillo un sendo látigo, á cuyas insinuaciones obedecía libremente el animalito. ¡Buena libertad dé Dios á quien así la comprendel! ¿Si será esta libertad la de los reclutas moscovitas? Para que nada faltara á tan estúpida función, también hubo ejercicios en trapecio y argollas: en aquel volteo de codos y planchas tuertas: en estas... ¡oh asombro! en estas, primera dominación, luego dos segundas, plancha baja, y... apaga la luz y vámonos.

Ah! se me olvidaba: también hubo quien se colgó de las argollas por dos ganchos sujetos al tobillo, y sostuvo dos hombres; ejercicio que prueba mucha firmeza... en los ganchos. El público, del cual te puedo asegurar que gran parte trabajaba mejor, pues había muchos gimnastas aficionados; el público, digo, se reía hasta enseñar la última muela, ó aplaudía con esa guasa tan característica y propia de nuestro país, donde la zumba suele presentarse con tono de alabanza. Así, con leves escepciones á favor de las Sras. Rosa y María y del Sr. Melillo, fueron pasando los ejercicios ejecutados por los individuos de la compañía, hasta llegar el esperado instante de la lucha, que era, en concepto de todos, la parte más interesante de la función, como la más nueva.

Después de un breve intervalo apareció en la arena, desnudo de cintura arriba y mal vestido de cintura abajo el Sr. Scali.

Cuando se espera ver á un atleta ágil, musculoso y esbelto, produce una desfavorable impresión ver en su lugar á un hombre gordo, rechoncho y cuadrado, con mucha pesadez y más panza todavía. Pero dice un adagio: «otro vendrá que bueno me hará:» y efectivamente, al presentarse el TERRIBLE Charles, el proverbio se convirtió en profecía; pues junto á su elefantina mole, el grueso tallo de Scali parecía el de una sílfide: ¡tal era el descomunal abdomen y frailuno morrillo de su antagonista! Entonces convinieron los espectadores en que Mr. Charles debe ser hombre TERRIBLE... para el que tenga que mantenerlo. Lanzáronse ámbos luchadores una mirada fune-raria, y se alargaron á un tiempo los brazos, como diciéndose:

—¡Ay de tí, si al Carpio vas!

—¡Ay de tí, si al Carpio voy!

con cuyo desahogo pareció calmarse el furor de los contrincantes, pues se acercaron uno á otro más frescos que lechugas y completamente tranquilos. Estrecháronse las manos, como haciendo mútuo pacto de dar la CASTAÑA al público, y principiaron la representación. Justo es advertir, antes de hablar cuatro palabras de ella, que Mr. Charles llevaba solamente un ancho pantalón azul y una faja encarnada; traje muy propio de un marinero; mas no tanto de un atleta que trabaja en un circo público. Por los primeros golpes de lucha, y vista la actitud anti-académica de Charles, que nunca formó base, como quien pelea de mentirijilla, los espectadores se aseguraron de la verdad de sus sospechas; oyéronse sordos murmullos, luego silbidos y en seguida empezaron muchas voces á gritar pidiendo perros. Los supuestos adversarios dijeron entre sí: «aquí nos han conocido:» y á los doce minutos de principiada la lid, el TERRIBLE se tiró panza abajo, con muy poco disimulo: el REY DE LOS LUCHADORES lo volvió panza arriba con menos todavía: atleta caído, pleito concluido: cada cual guardó su admiración para instante más oportuno; y los que no habían comido, fueron á hacerlo á sus casas si tenían qué, ó á una fonda si llevaban con qué. Para terminar esta reseña, me parece oportuno hacerlo dando un consejo á quien convenga. Las compañías gimnásticas ó atléticas, si no son de primer orden, harán muy mal en venir á Sevilla: y aun siendo buenas, deben pensarlo antes; porque se ha despertado en esta ciudad tal afición á la gimnástica, que bajo la levita ó gaban de cualquier caballero, suele encontrarse quien pueda dar lecciones á algunos de los que se titulan EL ASOMBRO DE LA GIMNASIA, EL NON PLUS, EL TERRIBLE, EL ESTUPENDO, etc. Cuando esto te aseguro, buen Sancho, visto y estudiado lo tengo.

Amigo y compadre tuyo

(Correspondencia sevillana.)

TOMÉ CECIAL.

Insertamos la siguiente composicion debida á la pluma de nuestro apreciable colaborador don Guillermo Morera, y hacemos notar á nuestros lectores la dificultad que su autor habrá tenido que vencer para espresar en formas poéticas, y en estilo *bilingüe*, su pensamiento.

CUALQUIER COSA.

EN EL ALBUM DE MI AMIGO EL CONOCIDO

ESCRITOR FRANCÉS

DOCTOR LOUIS ERNEST.

Ernest, puesto que conozco
la langue de Rabelais,
voy á escribirte unos versos
en espagnol et en français.

Par te dire je commence,
que me prestes atencion,
et j' en ai l' esperance,
de tu buena educacion.

L'Espagne depuis longtemps
recibe de tí, doctor,
secours et traitements,
lauros en LA ILUSTRACION. (*)

Pour faire dans ta science,
activa revolucion,
on te donna en conscience
premios en exposicion;

Pleine de gratitude
de que cual un español,
tu en faisais l' etude,
y critiques sin pasion.

Avec justice dans tes écrits
nos ha dado la razon;
en parlant de mon pays,
nunca tu pluma mintió.

Et non comme Dumas disait,
por decir... ¡válgame Dios!
que l' Afrique commençait
en esta noble nacion.

¿Est-ce manière d' écrire,
de un pueblo que agasajó,
—d' un chronique;—qu' avec plaisir,
en su seno recibió?

Mais laissons de parler
de eso... que pasó y pasó...
et tachons d' oublier,
entre chanza y diversion.

Si ces vers sont mauvais,
—malos de composicion—
si douteux sont en français,
peores son en español;

Mais hereux je serais,
si es que esta improvisacion
dans ton album trouvait
alguna colocacion.

G. MORERA.

(*) Periódico universal del cual es redactor-corresponsal en España.

EL GENIO Y LA INOCENCIA.

III.

El pintor, despues de mirar á las dos niñas ha clavado sus ojos en el cielo.

Les habla, pero no responden.

Un ruiseñor gorjea de pronto estremeciéndose con su aleteo las hojas de las acacias.

Indudablemente aquel ruiseñor debe responder por las niñas.

El alumno de Murillo no cesa de mirarlas, y á la par que las mira dibuja en boceto dos figuritas blancas en el fondo del cuadro.

Las dos compañeras sonrien dulcemente; se inclinan ruborizadas ante aquel ser que no conocen y ligeras como las mariposas, desaparecen por las orillas del lago.

El artista las llama, pero no le contestan, ya no puede distinguirlas y no sabe donde se habrán ocultado.

La aparicion incomprensible de aquellas dos hijas de las flores y su misteriosa desaparicion, le trasportan á un mundo desconocido que crea su imaginacion delirante.

Embelesado y aturrido encierra los pinceles, recoge los objetos de su precioso estudio y desaparece tambien por el mismo sitio en que desaparecieron las niñas.

IV.

El sueño es una especie de cristal que reproduce nuestros recuerdos, nuestras lágrimas, nuestros placeres, y las imágenes enloquecedoras que se guardan en el corazón.

Los que tienen fé en los sueños, bien puede decirse que han encontrado dos vidas.

La primer emocion de una sorpresa no se comprende nunca, y sin embargo, el sueño nos la describe muchas veces.

Contemplamos una mujer hermosa, y un secreto impulso del alma nos encadena á su hermosura.

Si soñamos luego con aquella mujer, bien puede decirse que aquella mujer es indudablemente la que amamos.

El artista adivinó en sus ensueños la figura de Emilia y de Maria.

Cuando se despertaba, el sol, iluminando su gabinete, el pintor clavó desde su lecho los ojos en el cuadro.

Levantóse con toda la rapidéz y la alegría del que ha concebido un pensamiento celestial y tomó los pinceles.

Pocos instantes despues, las dos figuritas blancas del paisaje estaban revestidas de colores y de bellezas, de animacion y de vida, de candor y de melancolia.

A la misma hora de la tarde anterior, junto al lago del bosque, se divisaban á el cuadro, á el artista, y á las dos niñas delante de él.

Las dos se miraron de pronto como preguntándose algo.

¿Qué tenia aquel lienzo para ellas?

En aquel lienzo Maria conoció á Emilia, y Emilia conoció á Maria.

¡Las dos se conocieron y las dos se abrazaron!!

El pintor, al sorprender arrebatado las emociones de aquellos dos ángeles, comprendió entonces el mérito de su obra.

El génio cobijado por la inocencia se remontó siempre á la esfera de lo sublime.

Aquel cuadro encumbró mas y mas el buen nombre del pintor, quien no dejaba de recordar las misteriosas palabras de Maria.

¡¡Pobrecito!! ¡¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!

Las dos niñas volvieron á desaparecer aquella tarde, y el pintor no ha podido encontrarlas mas por aquellos deliciosísimos verjeles.

¿Si serian dos ángeles que bajaron de las alturas para dejar en la tierra un recuerdo del cielo?

El artista era Gisbert, el eminente autor de el cuadro de los Comuneros y de doña Maria de Molina.

A. F. GRILLO.

LA MELANCOLÍA.

Yo soy la virgen que en el bosque vago
al reflejo doliente de la luna,
callada y melancólica como una
poética vision.

Yo soy la virgen que en el rostro llevo
la sombra de un pesar indefinible,
yo soy la virgen pálida y sensible
que siempre amó del olor.

Yo soy la que me siento silenciosa
a la sombra de un sauce en la maleza
y en indecible y mística tristeza
me pongo á sollozar.

Yo soy la que en un tronco solitario
reclino triste la cansada frente
y dejo sosegada y libremente
mis lágrimas rodar.

Soy la dulce y gentil "Melancolía":
que llevo siempre en mis facciones bellas
de las tibias y candidas estrellas
la dulce palidez:

La que suspiro en virginal misterio
a los rayos tranquilos de la luna
sintiendo sobre el seno una por una
las lágrimas caer.

Soy la que de un lucero al brillo puro
con las manos cruzadas sobre el seno,
me paro á contemplar del mar sereno
la triste majestad.

Yo soy, en fin, la que quisiera siempre
sentir en sinsabor tan halagüeño
como al influjo lánguido de un sueño
mis fuerzas desmayar;

Y doblando la frente sobre el pecho
cual si quisiera con placer dormirme
cerrar los dulces ojos, y morirme,
tranquila y sin pesar;

Y apoyada en un árbol la cabeza
á su sombra sentada, blanca y fria,
que me hallaran sonriendo todavía;
mas ya sin respirar.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

Habana 1863.

INGELHEIM.

TRADICION ALEMANA.

Hacia el año de 868, resolvió Carlo-Magno hacer construir un palacio que dominase el Rin y en 874, este palacio estaba concluido. Era un magnífico edificio, mitad palacio y mitad castillo y estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol y cincuenta de granito, cuyas columnas de mármol les habian sido enviadas de Roma y Ravena por el Papa Esteban 3.º y las de granito habian sido sacadas de las canteras de Adenwald. Tan satisfecho quedó de su nueva morada imperial, que resolvió celebrar en ella una Dieta y en su consecuencia, los Príncipes y Señores mas próximos fueron convocados á esta gran solemnidad.

La noche que precedió al dia en que la Dieta debia tener lugar y cuando el Emperador acababa de dormirse un ángel se le apareció y le dijo estas palabras: CARLOS, LEVANTATE Y ROBA. Carlo-Magno se despertó al punto, y percibió un perfume celestial en su cámara, pero como

las palabras que le habia dirigido el ángel, le parecian muy poco conformes con los mandatos de Dios y de la Iglesia, se figuró haber soñado, y volvió á dormirse.

Pero apenas hubo cerrado los ojos el Emperador, cuando la misma vision volvió á aparecersele, y con un rostro severo, como el de un mensajero que tiene derecho á admirarse de que no se obedezcan sus órdenes, volvió á repetirle las palabras que ya le habia dicho y que el Emperador creia haber oido mal. Abrió al punto los ojos y vió la cámara llena de un gran resplandor que fué poco á poco debilitándose y concluyó por extinguirse completamente.

Sin embargo, la órden era tan estraña que Carlo-Magno dudó todavía obedecer á ella y echándose en la almohada se durmió por tercera vez. Apareciósele nuevamente la vision, y le reiteró la órden con un semblante tan amenazador y una voz tan imperiosa, que el Emperador apesar de no asustarse fácilmente, se estremeció de terror y despertó sobresaltado. Esta vez, no solamente, se percibia él mismo perfume y brillaba el mismo resplandor, sino que además el ángel estaba en pie junto á su lecho y cuando estuvo seguro de que el Emperador no podia dudar de la realidad de su presencia, tendió sus alas de oro y desapareció. Esta vez Carlo-Magno no dudó de que la órden procedia del cielo, porque el mensajero era demasiado hermoso para ser un enviado del Infierno,

Carlo-Magno no vaciló ya, y levantándose al punto se vistió á tientas, deplorando aquel mandato del cielo, que le imponia la necesidad de empezar tan tarde un oficio tan infame. Pero el Emperador estaba, como Abraham, decidido á sacrificarlo todo á Dios, incluso su honor. En su consecuencia, se vistió la coraza, ciñó su espada y tomó su casco en la mano, como si fuese á mandar una de esas expediciones guerreras, á las cuales tenia tanta afición, como repugnancia le inspiraba la que iba á emprender; en fin, salió de su cámara, y deteniéndose en una galería que dominaba todo el pais, se puso á reflexionar hacia que parte iria á cometer este robo, cuyo cumplimiento le embarazaba tanto.

La noche estaba sombría, y á propósito por consiguiente para una expedicion de este género, pero por mucho que inspire la oscuridad, el Emperador era tan novicio en el arte en que iba á ejercitarse, que aunque se paseó mas de una hora, no se le ocurrió la menor idea. En medio de sus reflexiones, se apercibe de repente, de que acababan de robarle su casco, que habia colocado sobre la balaustrada de la galería; lo busca por todas partes, mira por dentro y fuera, pero todas sus investigaciones fueron inútiles; el casco habia desaparecido.

La destreza del ladron, debia estar en proporcion con lo atrevido del robo, y si efectivamente era diestro, podia dar un buen consejo al Emperador en tan apurada circunstancia, quien considero este accidente como un nuevo favor del cielo, que viendo su embarazo, habia tenido piedad de él. En su consecuencia, levantando la voz exclamó.

«Presénteseme el que me ha robado mi casco, y le empeño mi palabra de que en lugar de ser castigado, recibirá una recompensa de cien ducados.

Al punto, se dejó oír una risa aguda, y de debajo del tapiz que cubria una mesa, Carlo-Magno vió salir á su enano, que se le acercaba alargándole el casco, á fin de que echase en él la suma prometida.

—Ahl eres tú, infame ladron, dijo Carlo-Magno, ya debia haberme figurado, que solo tú eres capaz de semejante golpe, y haber mandado, que te se diesen cien palos, en lugar de prometerte, tan imprudentemente como lo he hecho, cien ducados.

—Efectivamente, dijo el enano, eso hubiera sido mas económico; pero un hombre honrado no tiene mas

que una palabra. Hé aquí tu casco; dónde están los cien ducados?

—Los tendrás tan luego como me hayas dado un buen consejo.

—Los cien ducados, dijo el enano, han sido prometidos por el casco y no por el consejo; dame los cien ducados por el casco, y tendrás el consejo gratis.

Carlo-Magno estendió el brazo para coger el malvado que le hablaba con tal atrevimiento, pero el enano vió el movimiento, y rápido como el pensamiento saltó sobre la balastrada y con la destreza y agilidad de un mono se puso á trepar á lo largo de una de las columnas, no deteniéndose hasta que se encontró colocado en una cornisa. Allí, entonó una cancion, cuya letra y aire componia á la vez. La cancion decia así:

—Ya tengo un casco, un hermoso casco, un casco orlado con una corona real: un casco que me cuesta cien ducados.

—Voy á ver si encuentro por el mismo precio una coraza y una espada, y entonces me haré armar caballero, por un emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

—Despues, cuando esté armado caballero, y tenga una buena espada, iré por montes y valles haciendo justicia, porque en Alemania y Francia, hace mucha falta la justicia.

—Pero, ay! donde encontraré, para que me arme caballero, un Emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

El ruido de una bolsa, cayendo sobre las lozas, interrumpió la improvisacion del cantante; el enano comprendió que su moral habia producido efecto, y bajo de su cornisa para recoger la bolsa, sin perder de vista al Emperador.

—Vamos, ven acá, tunante, dijo Carlo-Magno, y no temas nada; tengo necesidad de tí.

—Oh! dijo el enano, si tienes necesidad de mí, ya es otra cosa, y no tengo miedo.

—Quisiera robar, dijo Carlo-Magno.

—Mal oficio, dijo el enano, sobre todo cuando hay que tratar con gente que prometen y no cumplen; si quieres crearme, puesto que has tenido la desgracia de nacer honrado, continúa siéndolo.

—Te he dicho que quiero robar, dijo Carlo-Magno con un tono que probaba que empezaba á cansarse de las reflexiones filosóficas de su interlocutor.

—Oh! dijo entonces el enano, si es una vocacion decidida, no hay mas que hablar. Qué quieres robar?

—Hé ahí, lo que no sé, dijo Carlo-Magno. Pero quiero robar á alguien, y eso enseguida, esta misma noche.

—Diablo, dijo el enano, bien, robemos.

—Pero á quién? preguntó Carlo-Magno.

—Mira, dijo el enano, estendiendo la mano, ves esa pobre cabaña?

—Sí, dijo el Emperador.

—Bien; allí hay un buen golpe que dar. Por pobre que te parezca encierra hoy cien florines; hace diez años que el paisano que la habita, trabaja todos los dias desde las cinco de la mañana á las ocho de la tarde, de modo, que á fuerza de remover la tierra, ha podido ahorrar esta suma. La puerta cierra mal, el pobre hombre tiene el sueño pesado; ya ves que es fácil robarlo.

—Miserable, exclamó Carlo-Magno, quieres que vaya á robarle á un desgraciado el fruto de diez años de trabajo, un dinero mojado con el sudor de su frente!

—Yo! dijo el enano, yo no quiero nada; tú me pides un consejo, y no hago mas que dártelo.

—Otro, otro! exclamó Carlo-Magno.

Ves esa casa de campo? dijo el enano, estendiendo la mano en otra direccion.

—La veo, respondió el Emperador.

—Es de un rico comerciante; allí, no son florines los que encontrarás, sino ducados y á millares.

—Y sin duda, dijo Carlo-Magno, ejercitando la usura y vendiendo con mal peso es como ha adquirido semejante fortuna?

—No; dijo el enano, no; al contrario; haciendo cálculos de tal modo exactos, que su probidad se ha hecho proverbial, y por un asar inesplicable, la probidad le ha proporcionado lo que á otros la pillería.

—Cómo! dijo el Emperador, quieres que yo arruine á un hombre que ha hecho su fortuna de una manera tan honrosa.

—Yo no quiero nada, dijo el enano, quieres robar y no hago mas que decirte donde está el dinero.

—Sí, sin duda, quiero robar, dijo el Emperador, pero no al pobre labrador, no al comerciante industrioso; quisiera mejor robar, á algun buen Abad engordado por el reposo, enriquecido por el diezmo y que nunca haya hecho otra cosa que dormir, comer y beber. Ahí tienes á quien quiero robar.

—Diablo, para un principiante; dijo el enano, no está mal calculado; pero robando á tal hombre, siempre resultaria que robarás á los pobres, por que ya se las compoundria de modo, que el pueblo le devolviese al dia siguiente lo que tú le hubieses tomado.

—Entonces, dijo el Emperador, yo quisiera robar, á alguno de esos malos caballeros que no viven mas que del pillage y de la violencia; que hacen traicion á los que debian servir y que oprimen á los que deberian defender.

—Oh! eso ya es otra cosa. Porqué no te explicabas? dijo el enano. Tengo lo que necesitas: ves esa fortaleza?

—Sí, dijo Carlo-Magno.

—Pertenece al Señor Harderico, el pícaro mas grande del mundo.

—Tanto mejor, dijo el Emperador.

—Pero el negocio no tiene nada de fácil. Tiene el sueño ligero y la mano pesada, por consiguiente hay golpes en perspectiva.

—Tanto mejor, tanto mejor, dijo el Emperador.

—Entonces vé á ponerte otra coraza, una coraza oscura como la noche en la cual vamos á deslizarnos. Toma un puñal corto en lugar de esa larga espada. La espada es un arma para el dia, y para atacar de lejos; por la noche se hiere como se puede; se tienen los ojos en las manos y es preciso que los ojos estén cerca de la hoja. Vé y vuelve; aquí te espero, contando los escudos para ver si están cabaes.

(Continuará.)

MESA REVUELTA.

En el próximo número, SANCHO PANZA hará la crítica literaria de la corona poética, dedicada al insigne pintor Bartolomé Estéban Murillo, por los poetas sevillanos.

Todo no se puede hacer de un golpe. No faltará quien diga que es tarde, pero bien mirado, para hacer el análisis de un libro nuevo siempre hay tiempo.

Yo creo que con los años y la esperanza, cambiaré dos billetes de mil reales que *desgraciadamente* tengo en mi poder.

¿Os habeis enterado?

¿Quieren ustedes presenciar un espectáculo delicioso? Pues no tienen ustedes mas que dar un paseito á las doce del dia por la plazuela de *Jesus Nazareno* y verán ustedes, á unos doce ó quince *bolicheros* tomando el sol!

á vista de aquel emjambre de *comisionistas* del purgatorio, me sentí malito y me dieron ganas de hacer el testamento?

Olía la plaza á muerte próxima!

CIRCO ECUESTRE.—En la noche del domingo 28 de Febrero dió su primera función la nueva compañía contratada por la célebre funámbula Mme. Salvi, compuesta de la familia Reynaud. Reservo mi imparcial juicio hasta otra representación, pues en su primera salida es difícil de calificar los trabajos, y puedo cometer alguna inexactitud ó ligereza de apreciación.

No sería malo que los señores basureros dieran un paseito por las calles del *barrio de Santa María*.

Hay en dicho barrio algunas calles que están llorando por una escoba.

¿A que no saben ustedes por qué no he dicho una palabra del drama de García Gutiérrez, titulado: *Venganza Catalana*?

Toma, porque fui al teatro del Balon, lo vi... y no me enteré.

Para poder saborear las muchas bellezas de esta obra no me queda mas medio que ir á la corte y entrarme de rondon en el teatro del Príncipe.

¡Santo Dios! ¿que esto suceda en Cádiz?

Juanito idolatra á Lola
y aturde á la vecindad
diciendo—y dice verdad.
—Mi novia se pinta sola.
—¿No te encanta su hermosura?
Dijo anoche á Bernabé,
Y este contestó—No sé,
entiendo poco en pintura.

Santa Rita, abogada de los imposibles, señor S. Pascual Bailon, señor S. Cayetano, haced que cese pronto eso de la *crisis*. Por los clavos de Cristo que se *enderece* el *Banco*, por los cordones de S. Francisco, que tomen los billetes todo el mundo, que ya no puedo mas, no puedo mas, no puedo mas.

Desde que empezó la crisis he roto cuatro pares de botitos, anda que anda como el judío errante y nada, lo del negro del sermón.

Llego á la carnicería—Una libra de carne de vaca que sea buena.

—Trae usted billete?

—No me gusta la carne de puerco.

—No digo eso, digo que si trae usted billete.

—Hombre, no me eche usted hueso.

—¿Sabe usted que no le doy carne?

—¿Por qué?

—Porque me está dando el corazón que trae usted billete.

—Es verdad, abur; ¡banco! ¡banco! ¡banco!

—Buenos días, señor almacenero. ¿Me dá usted una libra de manteca?

—No tengo cambio.

—Y una libra de arroz?

—Si no trae usted billete!...

—Es uno chiquetito, de cien rs.

—Aunque sea de dos pesetas no cambio.

—¿No? pues vaya usted á un cuerno.

Ay! banco, banco, banco.

Otro día seguiré.

Ya están en campaña los periódicos políticos de Cádiz: ya han empezado á hablar de la *crisis monetaria*. *El Diario Mercantil* está luchando con *El Peninsular* y *El Comercio*.

Esta lucha me recuerda el siguiente epigrama:

—Porque tenía razón,
quería el pobre Narciso

que se la diese Simon,
y este dársela no quiso.

—A usted nunca le daré,

la razón!—¿Y por qué nó?...

—Porque si la tiene usted

cómo he de dársela yo?

Desde luego comprenderán ustedes que aquí Narciso es *El Diario Mercantil*.

La verdad en su lugar.

Un burro, amigo mío,
por no saber lo que hacer se tiró á un río.
En honestos quehaceres,
ocúpate el mas tiempo que pudieres.

AYES DE UNA VIUDA.—Lamentábase una viuda de la muerte de su esposo, y hablando con cierta vecina, decía:

—Le digo á usted, Rosita, que he perdido una alhaja: en todo me complacía: jamás teníamos un sí, ni un nó: siempre tan satisfechos, tan contentos, vivíamos en la gloria.

—Y cómo no salía nunca con usted?

—¿Qué había de salir!

—Adorándose de este modo, no se hallarian ustedes el uno sin el otro.

—¡Cá! Si estábamos divorciados. Pues por eso le digo á usted que vivíamos en la gloria.

¡Ya lo decíamos nosotras! porque de otra manera...

Tan ciego estaba Carlos por Pepita
que creyendo besarla,.. ¡San Francisco!
dióle un tremendo beso á su perrita;
y la perrita me le dió un mordisco.
Esto enseña, carísimo leyente,
que es malo enamorarse ciegamente.

RETRATO-MANIA.—Hemos tenido el gusto de escuchar el siguiente diálogo de ventana á ventana, entre dos fregatrices.

—Escolástica, decía una, ¿noverdá que tengo unos dientes mu gonitos?

—Chica, es verdad.

—Pues me los voy á gorropetar.

—¿Qué dices?

—Que me los voy á garrotipar.

—Ahora te entiendo menos.

—Jesus, que torpe eres: digo que voy á dir en casa de un fotograjo á que me pinte.

—¡Ah, ya! ¿vás á que te hagan un retrato?

—Sí, eso mismo, para dárselo á mi novio, el sordado de cabayería.

—¿Y cómo vá á ser?

—Toma, al gorrotipo.

—¿Con qué te vás á retratal al tio garrotipo?

—Sí.

—Pues yo al ole, que cuesta mas, es mas grande y se vé mejor.

En este momento, las amas de estas coquetonas fregatrices cortaron el diálogo, que con tanto placer escuchábamos, haciéndolas ir á fregar.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico se publica los días 8, 16, 24 y 30 de cada mes.—En Cádiz, 6 reales al mes, y 5 recogido en el despacho.—En provincias 20 reales trimestre adelantado.—En Ultramar, 25 reales trimestre adelantado.—Un Número suelto 2 reales.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CADIZ: 1864.—ILUSTRACION GADITANA, S. MIGUEL, 18